

Autor: Abilio Ayuso

FILOSOFANDO

¿QUE SOMOS?, ¿A DONDE VAMOS?

Ilustrador Ronny Bravo



+12

Reflexiones que responden a la pregunta
acerca del posible origen y finalidad del universo.

Hace tiempo, leí un libro muy inspirador: el Kybalión, trata acerca de filosofía hermética del antiguo Egipto y Grecia, son las enseñanzas de Hermes Trimegisto, supuestamente recogidas y transmitidas por sus discípulos.

En él, se dice, entre otras cosas, que aquel que realmente posee conocimiento y sabiduría, examinando solo una mínima parte de la naturaleza, puede comprender la esencia del todo.

También dice que: Comprendiendo el funcionamiento de las estructuras más simples, puede deducirse el de las más complejas.

Meditando acerca de dichos pensamientos, he llegado a la conclusión, de que la vida se desarrolla, de la misma forma que en la Tierra, en cualquier parte del universo que posea unas mínimas condiciones para su sostenimiento. ¿Pero con que finalidad?, o dicho de otra manera: ¿Hacia dónde, o hacia qué se dirige toda esa vida?.

Dado que, desde nuestra posición en el tiempo y el espacio, nos resulta imposible examinar el desarrollo del universo, trataré de deducir dichas respuestas a partir del examen de la vida en nuestro minúsculo entorno conocido.

Si hay un patrón claro en el funcionamiento de la vida a todos los niveles, es que genera un derroche de individuos, para lograr que solamente unos pocos cumplan su cometido.

Cada hombre, en una sola eyaculación, derrocha millones de espermatozoides, cada uno de los cuales podría dar origen a un ser humano, pero casi todos perecerán inútilmente. Asimismo, cada mujer posee miles de óvulos de los que solo alguno llegará a formar un nuevo ser humano.

Hacia cualquier lugar que dirijamos nuestra mirada, observaremos idéntico patrón, las miles de semillas que desprende aquel frondoso árbol, intentarán desesperadamente sobrevivir, pero no lo conseguirá ni una de cada mil, la mayoría serán devoradas por los pájaros, roedores o insectos, otras caerán sobre piedra o terreno baldío.

De las que lleguen a brotar, la mayoría serán pisoteadas o devoradas por algún rumiante, y si alguna consigue soslayar todos estos obstáculos, tendrá que competir con el árbol madre por un poco de luz y tierra donde enraizar.

Si en tierra las cosas son así, en el agua resultan peores, los millares de huevos fecundados que deposita aquel pez serán en su mayoría devorados sin llegar a eclosionar, los alevines resultantes serán presa de toda clase de

depredadores, incluyendo sus propios padres, de cada mil huevos, tal vez uno consiga llegar a adulto. Partiendo de una base de miles de millones de huevos, se pueden formar bancos de millones de sardinas, ¿Podemos decir que han sobrevivido?, no, porque serán devorados por ballenas, aves y otros mil depredadores.

Alguien podrá argumentar que es el sacrificio del individuo para que sobreviva la especie, pero no es cierto, las especies mutan en diferentes subespecies, de las cuales la mayoría se extinguen por inadaptadas, solo para que la mutación más adaptada sobreviva, y en ocasiones la especie entera es aniquilada por otra, o por un cambio climático, e incluso ecosistemas enteros son completamente arrasados sin piedad por la propia naturaleza.

Es decir, la vida se derrocha a sí misma por todo el planeta solo para que una mínima porción consiga su objetivo, entonces: ¿Podemos deducir que a nivel universal será lo mismo?. El universo eclosiona, se expande y en billones de planetas se genera vida, de la cual, en cientos de miles de millones llega a tomar consciencia de sí misma.

Pero los engranajes universales son fríos y ciegos. ¿Cuántas maravillosas razas habrá destrozado aquella supernova que vemos destellar a miles de años luz?, o estará engullendo aquel agujero negro del centro de la galaxia, o perecerán en aquel choque de planetas, o cuando un planeta se aleje de su estrella hasta vagar por el frío interestelar, o por el contrario su órbita se contraiga hasta caer en su propio sol.

Y si al final, como es lógico, el Universo deja de expandirse para comenzar a contraerse, formando cada vez agujeros negros más masivos que se van uniendo entre sí, hasta irse agrupando en uno solo del que nada escapa y que llega a engullir toda la materia y energía existente. ¿De que habrá servido tanta lucha, tanto sufrimiento, tanto afán?.

Tal vez podría ser, el Universo, el sistema de reproducción de un ser superior, y todas las razas conscientes que en él habitan, tener como única misión evolucionar, las que puedan, hasta un nivel para nosotros impensable llegando a reproducir un ente como aquel que las engendró.

De la misma forma que de los millones de espermatozoides eyaculados, solo uno fecunda el óvulo, y no necesariamente el mejor, sino el más dotado de aquellos que la casualidad ha situado más cerca de su objetivo, es posible que, de los millones de razas conscientes, solo una esté destinada a reproducir al súper-ser que la engendró, estando las otras destinadas a la simple y pura aniquilación.

Si esto es cierto, las posibilidades de que, entre cientos de miles de millones de galaxias, sea la nuestra aquella en la que se engendre el súper-ser, y aun siendo así, entre los cientos de miles de millones de sistemas solares de nuestra galaxia, sea el nuestro el escogido, son prácticamente cero.

Podría argumentarse, de la misma forma en que lo hacen los esperanzados jugadores de millonarios juegos de azar: Por difícil que sea, siempre habrá un afortunado.

Pero no es así, porque en los juegos de azar todos los jugadores tienen las mismas probabilidades, pero en nuestro caso, no todos partimos de la misma línea de salida.

Examinando nuestra historia oficial y oficiosa, con un mínimo de inteligencia, y sabiendo leer entre líneas, es un hecho evidente que civilizaciones muy avanzadas, tecnológica y espiritualmente, han visitado la Tierra en numerosas ocasiones, desde tiempos remotos, apareciendo en ocasiones en calidad de dioses, en otras como misioneros culturales, y probablemente, la mayoría de las veces, como simples exploradores.

Es difícil imaginar hasta que nivel pueden haber evolucionado en la actualidad, civilizaciones que hace miles de años dominaban los viajes interestelares. Sin caer en el pesimismo de pensar que somos el farolillo rojo de las civilizaciones del universo, lo que sí está claro es que no somos los primeros, ni de lejos.

Pero eso es lo que mínimamente hemos podido apreciar en nuestro pequeño rinconcito apartado de nuestra corrientucha galaxia, pero: ¿Quién nos dice que esos seres, que nosotros hemos percibido como dioses, no son como cucarachas para otros muchísimo más avanzados que pueblan otro rincón del Universo, o el mismo, pero en dimensiones que nosotros no podemos percibir?.

Dando un paso más en nuestra especulación, ¿Quién nos dice que el espermatozoide universal, no ha cumplido ya su misión, y el súper-ser no está ya engendrado?, y por consiguiente las especies que quedan en este universo, por maravillosas que sean, por capacitadas que estén para engendrar otros súper-seres, tal vez tanto o más, que la que lo ha conseguido, no son más que un subproducto, un residuo de la reproducción de Dios, que se irá marchitando lentamente, teniendo como horizonte final el colapso total del universo, que ya ha cumplido su misión.

Si la naturaleza es absolutamente cruel, implacable e insensible, en todos y cada uno de los aspectos de la vida que conocemos, ¿Por qué no iba a serlo en los que desconocemos?.

Como individuos, e incluso como especie racional, estamos protegidos por el velo de la ignorancia, la cual nos permite una patética ilusión puesta en las maravillas y avances a los que accederemos dentro de unos cuantos siglos. Y tal vez sea así, en comparación a la primitiva civilización en la que habitamos, pero todo eso, en el contexto general del universo, posiblemente solo será pura basura, la inútil agitación de un espermatozoide condenado a extinguirse.

FIN...